OMID SCOBIE
y
CAROLYN DURAND

MEGHAN & HARRY

EN LIBERTAD

LA FORJA DE
UNA FAMILIA REAL MODERNA

HarperCollins

OMID SCOBIE
y
CAROLYN DURAND
MEGHAN
&
HARRY
EN LIBERTAD
LA FORJA DE
UNA FAMILIA REAL MODERNA
HarperCollins

MEGHAN & HARRY

EN LIBERTAD

LA FORJA DE
UNA FAMILIA REAL MODERNA

OMID SCOBIE
y
CAROLYN DURAND

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Meghan & Harry. En libertad
Título original: Finding Freedom
© 2020, Omid Scobie y Carolyn Durand
© 2020, HarperCollins Ibérica, S.A.
Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
© De la traducción del inglés, Victoria Horrillo Ledesma

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Diseño de cubierta: Ploy Siripant
Imagen cubierta: GettyImages

Imágenes de interior: GettyImages, @meghanmarkle/Instagram, @SussexRoyal/Instagram y Chris Allerton/SussexRoyal.

I.S.B.N.: 978-84-9139-563-8

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Cita
Prólogo
Introducción
1. Londres
2. Cuando Harry encontró a Meghan
3. Amor en tierras salvajes
4. Empieza a correrse la voz
5. El príncipe se planta
6. Choque de culturas
7. Tormentas tropicales
8. Voces desaprobadoras
9. ¡Bum!
10. Adiós, Toronto
11. Los Cuatro Fantásticos
12. Un problema llamado Samantha
13. El escándalo Thomas Markle
14. Stand by Me
15. Con ustedes, los Sussex
16. Ni una palabra
17. Una duquesa distinta
18. Hermanos mal avenidos
19. Un nuevo hogar en Windsor
20. Bienvenido, Archie
21. @SussexRoyal
22. Ni dentro ni fuera
23. Reunión familiar
24. En libertad
Nota de los autores
Agradecimientos *(de Omid)*
Agradecimientos *(de Carolyn)*
Encarte fotográfico

No vayas adonde te lleve el camino. Ve, en cambio,
por donde no hay camino y deja un sendero.

RALPH WALDO EMERSON

PRÓLOGO

Fue un momento fugaz, tan fugaz que con un pestañeo podría haber pasado desapercibido. Mientras se alisaba el cinturón del elegante abrigo blanco de Line the Label y se apartaba un mechón de cabello suelto de los ojos, Meghan miró a Harry, como se conoce popularmente al príncipe Enrique. Saltaba a la vista que estaba nervioso. Meghan le puso la mano en la espalda y se la frotó varias veces. El príncipe estaba acostumbrado a comparecer ante la prensa, pero aquello era distinto. En esos momentos no estaba promocionando la labor de una organización benéfica, ni animando a los líderes mundiales a tomarse en serio el cambio climático. Estaba compartiendo algo muy personal: la noticia de su compromiso matrimonial con Meghan. Tomados de la mano, avanzaron hacia la nube de fotógrafos que esperaba allí cerca.

—Tú puedes con esto —le susurró Meghan cuando salieron por una cancela del lateral del palacio de Kensington y echaron a andar por el largo camino emparrado que conduce al Sunken Garden, «el jardín hundido» que, con su estanque repleto de lirios de agua y sus coloridos macizos de pensamientos, tulipanes y begonias, era uno de los rincones preferidos de la princesa Diana en el palacio que antaño fue su hogar.

Al decir «esto», Meghan se refería a la primera sesión oficial de fotos con motivo del anuncio de su compromiso, a

la que yo había llegado con apenas unos minutos de antelación tras volver precipitadamente de un largo fin de semana en Oxfordshire. Carolyn, que había llegado antes que yo, estaba ya en su puesto, junto al grupito de periodistas especializados que cubren habitualmente los actos de la familia real. Como integrantes veteranos de este grupo, Carolyn y yo seguimos a los principales miembros de la familia real británica en sus actos oficiales tanto en territorio británico como en el extranjero y tenemos, por tanto, acceso a información de primera mano sobre la Casa Real.

Seguir desde tan cerca las andanzas de los *royals* es un privilegio porque te permite asistir en primera fila a los momentos más señalados de sus vidas. Carolyn y yo nos encontrábamos en la escalinata de la maternidad de Lindo Wing cuando nacieron los hijos del príncipe Guillermo y Kate Middleton. A veces no atribuimos la suficiente importancia a esos instantes, que alguna vez formarán parte de los libros de historia. Pero cuando Harry sonrió a Meghan, que sostenía su mano entre las suyas, y el público reunido en el jardín de Kensington estalló en un grito de «¡Hurra!», hasta los periodistas más curtidos tuvieron que sonreír. La atmósfera de magia que había en ese instante era innegable.

Carolyn y yo hemos seguido de cerca el trabajo de la familia real desde mucho antes de que Meghan se uniera a *the Firm*, «la Empresa», como se conoce a la Casa Real en los medios periodísticos británicos. Durante años, hemos acompañado a Guillermo, Kate y Harry en sus viajes por todo el mundo. De Singapur a las islas Salomón, de Lesoto a la India, de Estados Unidos a Nueva Zelanda, hemos compartido los mismos aviones y los mismos vertiginosos itinerarios que los jóvenes príncipes. Las giras reales siempre me han recordado a una excursión o a un campamento escolar, porque te apiñas con tus compañeros en grandes autobuses y tratas de conseguir las mejores

habitaciones en los hoteles. Y porque reina también un ambiente de camaradería, no solo entre los periodistas, el personal de palacio y los guardias de seguridad, sino con los propios príncipes.

Pienso, por ejemplo, en la vez que perdí el pasaporte en São Paulo, Brasil. Estaba en el aeropuerto registrando mi bolsa como un loco cuando me llamó uno de los asistentes de Harry. Oí de fondo la risa del príncipe, tan característica. Habían encontrado mi pasaporte en el suelo y el príncipe, que no quería dejarme tirado en Brasil, mandó a uno de sus escoltas a mi terminal para que me llevara el pasaporte y pudiera llegar a Chile a tiempo. La siguiente vez que vi a Harry, me gastó una pequeña broma: en vez de llamarme por mi nombre, me llamó «Pasaporte».

El hecho de hallarnos lejos de la atención mediática y de las presiones siempre presentes en el Reino Unido nos brindaba, además, la oportunidad de mantener charlas de tú a tú. En ese mismo viaje, Harry me confesó en un pequeño cóctel celebrado en nuestro hotel que le encantaría ser «un tío normal»: poder hacer las maletas y pasarse un año en Brasil dedicado a las cosas que le apasionaban. Dijo que odiaba que le pusieran constantemente teléfonos delante de la cara y que el ruido de los obturadores de las cámaras al disparar a veces le ponía físicamente enfermo.

Carolyn y yo siempre hemos sabido que Harry soñaba con llevar una vida alejada de los muros de palacio, pero mientras le acompañábamos en sus viajes, especialmente al campo, notábamos que su deseo de conectar con la vida cotidiana estaba impregnado a menudo de un sentimiento de tristeza. Aunque sabía que era imposible, deseaba relacionarse con la gente de a pie sin el revuelo que siempre provocaba su aparición.

Entonces, como ahora, Harry anhelaba una normalidad como la que su madre, Diana, trató de proporcionarles a su hermano y a él cuando los llevaba a un parque de

atracciones o a un McDonald’s. (Es curioso que para aquel niño que había nacido rodeado de privilegios y riquezas inimaginables, lo mejor de ir a comer un Happy Meal fuera descubrir el juguetito de plástico que venía dentro de la caja de cartón).

Harry es distinto a su hermano Guillermo, que, por su carácter ordenado y pragmático, se parece más a su abuela, la reina. Es una persona emotiva que se aferra a ideales utópicos, pero siempre a su manera, lo que resulta admirable. Su deseo de vivir fuera de la burbuja del palacio —que se manifiesta en todos los aspectos, desde su costumbre de saludar con un abrazo en actos oficiales a su empeño en servir en primera línea del frente de guerra como miembro de las Fuerzas Armadas— es una cualidad muy positiva, aunque a veces cause complicaciones al resto de la familia real.

Su determinación y su energía le permitieron inaugurar un capítulo nuevo de la historia de la familia real al enamorarse de Meghan Markle.

Yo mismo, por ser británico de ascendencia interracial, me entusiasmé al descubrir que una actriz norteamericana iba a ingresar en la dinastía de los Windsor, y lo mismo le ocurrió a gran parte de esa población joven y diversa que se ha aficionado a seguir a través de los medios la vida de los duques de Sussex. Curiosamente, conocí a Meghan antes que Harry. Charlé con ella por primera vez allá por 2015, en un acto de la Semana de la Moda de Toronto, después de su aparición en la alfombra roja. A nadie le sorprendió más que a mí que justo un año después, Meg (como la llaman las personas de su círculo más íntimo y su marido) conquistara el corazón del soltero más codiciado a este lado del charco.

Desde el comienzo de su relación estuvo claro que Harry había encontrado en ella a una mujer que apoyaba su pasión por las causas humanitarias y en la que veía reflejado como un espejo su afán por mejorar las

condiciones de vida de quienes ocupan los márgenes de la sociedad. El mundo entero contempló con asombro el rápido desarrollo de su relación de pareja. Carolyn y yo también lo observábamos, mientras ciertos tabloides británicos acusaban a Meghan de ser una trepa, una advenediza exigente y problemática. Algunos de ellos apenas se molestaron en disimular el racismo que impregnaba sus titulares y sus comentarios mordaces.

Ese discurso que afloró en los medios sorprendió muchísimo a Meghan, que abordó sus compromisos oficiales y su labor benéfica como nuevo miembro de la familia real con la misma franqueza y audacia con la que, a los once años, escribió cartas a los políticos de su país —incluida Hillary Clinton— para protestar por el machismo de un anuncio de lavavajillas. Sabemos, por ejemplo, que suele quedarse levantada hasta muy tarde antes de un acto oficial importante para documentarse por su cuenta y preparar sus notas, a pesar de que tiene asistentes que se ocupan de eso.

—No sé otra forma de hacerlo —me confesó una vez.

Por eso, entre otras cosas, afirmó el príncipe que en ella había encontrado a la «compañera de equipo» que siempre había estado buscando.

Fue un poco surrealista, por tanto, estar dándole a Meghan un fuerte abrazo de despedida en un salón del palacio de Buckingham en marzo de 2020 al terminar su último acto oficial en solitario como miembro de la familia real británica. Harry y ella habían tomado la difícil decisión de desvincularse de la Corona a fin de proteger su vida familiar. Solo habíamos visitado el opulento Salón 1844 con ocasión de acontecimientos felices, como recepciones para miembros de la prensa y actos oficiales con la presencia de la reina. Aquel día, hasta los candelabros de malaquita que alumbraban los retratos reales proyectaban una luz melancólica mientras la joven pareja se despedía no solo del personal de palacio, sino de toda una forma de vida.

Aunque Carolyn y yo habíamos acompañado a Meghan en sus últimos actos oficiales, nos costaba creer que aquel fuese el último. El personal que había acompañado a la pareja desde el primer día lamentaba el brusco final de lo que se suponía que iba a ser una historia feliz: dos personas que se enamoran, se casan, tienen un bebé, sirven a la reina, y fin. En cambio, iban a abandonar el país. Al darme un último abrazo de despedida, Meghan me dijo:

—No tenía que ser así.

Sí, Carolyn y yo habíamos sido testigos de las muchas dificultades tanto públicas como privadas que tuvieron que afrontar Meghan y Harry durante sus dos primeros años de matrimonio. Aun así, este no era el final del libro que ninguno de nosotros esperaba escribir, ni ellos protagonizar.

Por norma, ningún miembro de la familia real británica tiene permitido autorizar oficialmente una biografía. Pese a todo, Carolyn y yo hemos podido tener amplio acceso al círculo más íntimo de la pareja: amigos, asistentes de confianza, funcionarios destacados y numerosas personas del entorno privado de los Sussex. Hemos acompañado a Meghan y Harry en centenares de actos oficiales, viajes de trabajo y giras, desde Irlanda a Tonga, todo ello con el afán de crear un retrato íntimo y preciso de una pareja real verdaderamente moderna que, al margen de que sus decisiones les hayan granjeado elogios o críticas, siempre se ha mantenido fiel a sus convicciones.

Omid Scobie y Carolyn Durand. Londres, 2020

INTRODUCCIÓN

Con la llegada del resto de su equipaje a Mille Fleurs, una finca de casi dos hectáreas en Victoria (Canadá), donde planeaban quedarse un mes y medio, Meghan y Harry pudieron al fin respirar tranquilos. La mayor parte de sus efectos personales ocupaba ya los espaciosos vestidores de la mansión de más de mil metros cuadrados que habían alquilado a un conocido. La pareja se hallaba muy muy lejos de Frogmore Cottage, su hogar en Windsor, pero eso no era de por sí algo malo.

A pesar de que no dejaron de sonreír en los actos públicos a los que asistieron antes de su partida, las semanas previas al despegue del avión en el que viajaron desde el aeropuerto londinense de Heathrow a mediados de noviembre no fueron precisamente alegres. Tras demandar a tres tabloides británicos por vulnerar su intimidad y pinchar sus teléfonos móviles, los duques de Sussex parecían estar más que nunca en el ojo del huracán.

Para Harry, en especial, las cosas habían llegado a un punto intolerable. *¿No se merece la reina algo mejor?,* proclamaba un titular del *Daily Mail* que el príncipe leyó en Internet. No entendía por qué los medios arremetían así contra ellos.

—Esa gente no son más que trols pagados —le comentó después a un amigo—. Nada más que trols. Y es repugnante.

A veces, cuando miraba su iPhone, no podía evitar leer los comentarios al artículo.

H y M me dan asco.
Son una vergüenza para la familia real.
El mundo estaría mejor sin Harry y Meghan.

Este último comentario tenía más de tres mil quinientos votos a favor.

Harry se arrepentía enseguida de haber abierto el enlace. Se le hacía un nudo en el estómago cada vez que veía comentarios de esa índole.

—Es una lacra de la sociedad en la que vivimos, y nadie está haciendo nada al respecto —proseguía—. ¿Qué ha sido de la positividad? ¿Por qué todo el mundo es tan infeliz y está tan enfadado?

No eran únicamente la prensa y los trols de Internet los que atacaban a Harry. También era la propia maquinaria de la institución monárquica. Casi no pasaba una semana sin que algún aspecto de su vida íntima o de sus asuntos personales se filtrara, tergiversado, a la prensa. Tenían la sensación de que había muy pocos miembros del personal de palacio en los que pudieran confiar. La relación de Harry con su hermano Guillermo, que ya era tensa desde hacía tiempo, no dejaba de empeorar.

Si algo tenía de positivo todo aquello, era la constatación de que su decisión de alejarse un tiempo de los focos y el «ruido», como lo llamaba Meghan, era justo lo que necesitaban. Les sentaría de maravilla pasar una temporada en contacto con la naturaleza, en el relativo aislamiento de la finca situada en la zona de North Saanich, en la isla de Vancouver, sobre todo tras la vorágine de los seis meses anteriores, desde el nacimiento de su hijo en mayo. Con su paternidad recién estrenada, habían trabajado sin descanso, sometidos en todo momento al

escrutinio implacable de la opinión pública, como es propio de quienes forman parte de la familia real británica.

Pero, aunque estaban rodeados de bosques vírgenes, Meghan y Harry no encontraron la paz que buscaban.

—El «descanso» no fue tal, ni mucho menos —afirma una fuente cercana a la pareja.

Lo que aparentaba ser una escapada idílica fue, de hecho, una época marcada por la zozobra. Meghan y Harry pasaban horas y horas tratando de planificar posibles escenarios para su futuro. El príncipe estaba harto de las discusiones constantes, los rumores y la exasperante tirantez de su relación con el palacio de Buckingham.

Ese año había estado marcado por algunos momentos muy especiales para la pareja, de los cuales el más significativo era el nacimiento de su hijo, Archie. El número de septiembre del *Vogue* británico, en el que Meghan ejerció como editora invitada, fue el que con mayor rapidez se agotó en la historia de la revista, y la colección de ropa que creó para recaudar dinero destinado a Smart Works, una organización de ayuda a mujeres desempleadas, obtuvo un éxito instantáneo en Marks & Spencer y otras tiendas de ropa. Harry había creado hacía poco Travalyst, una nueva iniciativa de turismo global sostenible que esperaba cambiase para siempre la industria turística.

Ambos pensaban seguir trabajando durante su estancia en Canadá. Tenían muchas cosas que hacer; entre ellas, acabar de crear una organización sin ánimo de lucro y seguir promoviendo la labor de las entidades benéficas que, como miembros de la familia real, patrocinaban en el Reino Unido. Les resultaba en cierto modo más fácil ponerse manos a la obra en el despacho de paredes de madera de la finca canadiense, con vistas al cuidado jardín poblado de abedules y piceas blancas (aunque en realidad acabaran casi siempre trabajando en la cocina, donde de vez en cuando se apartaban de sus MacBooks para preparar una taza de té o un café).

Su decisión de irse al extranjero y de pasar allí la Navidad, en lugar de volver a Sandringham, la finca de la reina en Norfolk, para pasar las fiestas con otros miembros de la familia real como mandaba la tradición, contribuyó a reforzar la opinión negativa que circulaba sobre ellos en el Reino Unido. Hubo periódicos que lo tacharon de «grave desplante» a la reina, a pesar de que Harry había consultado sus planes con su abuela —y jefa— y había obtenido su visto bueno antes de su partida. La reina, que veía con frecuencia a Meghan y Harry desde que vivían todos en Windsor, lo animó, de hecho, a hacer el viaje. A fin de cuentas, habían pasado las dos últimas Navidades en la residencia de la reina en Norfolk, y otros miembros de la familia —incluidos los duques de Cambridge— también se saltaban de vez en cuando la tradicional visita navideña a Sandringham.

Aún faltaba algún tiempo, no obstante, para empezar a colgar los adornos de Navidad. Todavía tenían que pensar en la fiesta de Acción de Gracias, y Doria, la madre de Meghan, se preparaba en ese momento para viajar desde Los Ángeles, donde residía, a Victoria. Meghan y su madre, que estaba deseando ver a Archie, habían intercambiado numerosos mensajes, emocionadas por la perspectiva de volver a verse. Archie crecía a toda prisa y estaba mucho más alto que la última vez que Doria lo había visto, en verano.

—Está en el percentil noventa de altura —presumía Meghan delante de sus amigos, y acto seguido se ofrecía a sacar el teléfono para enseñar algunas de las muchas fotos que tenía de su niño.

Aunque su estancia en Canadá era temporal, Meghan y Harry habían procurado que la casa estuviera adaptada a un bebé. Se cubrieron las esquinas con protectores de goma discretos y se retiraron ciertos muebles que podían resultar peligrosos. No querían correr ningún riesgo ahora que su bebé, que tenía seis meses, se ponía ya en pie y

caminaba apoyándose en los bordes de los muebles, más que gatear. Intentaron, además, proteger la finca de los *paparazzi*. Se instaló una nueva valla alrededor del recinto para impedir que las cámaras con teleobjetivo, que sin duda aparecerían en algún momento, interrumpieran sus paseos diarios con Archie por el bosque y la playa.

Proteger a Archie y preservar su intimidad era un asunto de importancia vital para la pareja, como se puso de manifiesto cuando decidieron no darle a su hijo un título regio. Harry, que había visto cómo los *paparazzi* perseguían sin descanso a su madre y conocía desde niño los inconvenientes de crecer en la pecera de la monarquía, y Meghan, que estaba aprendiendo rápidamente esa misma lección, querían asegurarse de que su hijo eligiera su destino, en lugar de verse obligado a asumir el que le venía impuesto por su pertenencia a la dinastía real.

Aquellos primeros días en la casa junto al mar les proporcionaron la tranquilidad que tanto anhelaban. Fue la primera vez en meses que la pareja —que empezaba el día haciendo yoga y preparando juntos el desayuno— disfrutaba de cierta calma. Pero pese a la quietud que los rodeaba, Meghan y Harry estaban angustiados. Una decisión difícil los abrumaba. Tras casi tres años soportando ataques de la prensa británica sin que la familia real hiciera, a su modo de ver, lo suficiente por apoyarlos, las cosas tenían que cambiar. Aún no habían decidido cómo ni en qué sentido, pero sabían que tenían que seguir lo que les dictaba el corazón.

1

Londres

A la mañana siguiente de aterrizar en Londres en junio de 2016, Meghan se fue derecha a Selfridges. La joven actriz estadounidense tenía una misión: comprar zapatos.

En los grandes almacenes de Oxford Street, recorrió la sección de zapatería, de casi quinientos metros cuadrados —la más grande del mundo—, buscando creaciones de sus diseñadores favoritos, como Stella McCartney, Chloé y Marc Jacobs, para ver si encontraba un par de zapatos por el que valiera la pena pagar el precio desorbitado que marcaba la etiqueta. Aunque *Suits*, la serie televisiva en la que trabajaba, iba ya por su sexta temporada, Meghan seguía teniendo mucho cuidado con lo que compraba. Tras pasar su niñez en un pequeño apartamento que antes había sido un garaje, en el centro de Los Ángeles, hija única de padres divorciados con escasos recursos económicos, no le gustaba malgastar el dinero en prendas que pasaban de moda enseguida. Si iba a invertir en algo, quería que fuera algo duradero, como sus zapatos de tacón Sergio Rossi. Ella, que de niña tenía tendencia a preocuparse por todo, aún seguía sintiendo en ocasiones que las cosas buenas que se le presentaban podían desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

Es comprensible, sin embargo, que aquella mañana de junio se sintiera un poquitín derrochadora rodeada de carísimas sandalias y tacones de aguja. Acababa de volver de un lujoso fin de semana con sus amigas en la isla griega de Hidra que había organizado ella misma para celebrar la despedida de soltera de Lindsay Roth, una de sus mejores amigas de la universidad. Meghan se tomaba muy a pecho sus responsabilidades como dama de honor y había planeado el viaje con todo cuidado. Hicieron excursiones, se bañaron, durmieron la siesta y disfrutaron de la gastronomía local de esa pequeña isla que, situada a dos horas en barco de Atenas, solo puede recorrerse en burro o en bicicleta.

El fin de semana no fue, ni mucho menos, la típica despedida de soltera al estilo de Las Vegas en la que las invitadas suben a una limusina y van de discoteca en discoteca, emborrachándose, ataviadas con lo que Meghan llamaba «diademas del culto fálico». Su grupo de amigas buscó placeres más sofisticados en el sol y el mar mediterráneos, las ensaladas y el pescado griegos, el vino a raudales y su mutua compañía.

Fue una celebración al más puro estilo Meghan: sencilla pero no austera, divertida en un sentido relajado e íntimo, y meticulosamente planeada. Meghan siempre tenía un plan, desde sus tiempos de universitaria, cuando compaginaba los estudios con distintos trabajos, pasando por sus años de aspirante a actriz, cuando hacía una prueba tras otra en busca de un papelito, hasta convertirse en una conocida actriz de televisión que seguía ampliando sus horizontes profesionales al crear una popular página web sobre estilo de vida. Y trabajaba con denuedo no solo para idear esos planes, sino para llevarlos a cabo.

Su viaje a Londres no fue una excepción. La visita a la zapatería era solo el principio del itinerario que Meghan se había trazado antes de llegar a la capital británica. Tenía

una lista de restaurantes en los que quería comer, de bares que quería visitar y de gente a la que quería conocer.

Aquel era un momento emocionante para una mujer de treinta y cuatro años como ella. Su éxito en el competitivo mundo del espectáculo, que empezaba a brindarle oportunidades de todo tipo, era fruto de la seguridad en sí misma, la perseverancia y la disposición a trabajar con más ahínco que sus iguales que había demostrado desde que era niña.

Su seguridad en sí misma se debía en parte al cariño y la entrega que le profesaban sus padres. Su madre, Doria Ragland, y su padre, Thomas, se conocieron en el plató de *Hospital General*, donde él trabajaba como director de iluminación y ella como empleada eventual en el departamento de maquillaje y se separaron tras dos años de matrimonio. Siguieron, no obstante, unidos en la crianza de su única hija, a la que educaron conjuntamente sin grandes desavenencias, compartiendo la custodia y celebrando juntos las fiestas.

Lo que mejor refleja la dedicación de Thomas y Doria a su hija es el compromiso con su educación. Ninguno de los dos pudo ir a la universidad nada más terminar la educación secundaria, a pesar de que Doria pertenecía al club de alumnos aventajados del instituto Fairfax de Los Ángeles. Al acabar la educación secundaria, trabajó en la tienda de antigüedades de la que era dueño su padre, Alvin Ragland, y en una agencia de viajes, inaugurando así una larga serie de empleos temporales. Doria no fue a la universidad hasta mucho después porque su familia no podía permitírselo. Y teniendo en cuenta las dificultades económicas que había sufrido debido a su falta de formación universitaria, siempre procuró que Meghan fuera consciente de lo importante que era tener estudios.

En materia educativa, Thomas y Doria querían lo mejor de lo mejor para su hija. Eligieron en primer lugar la Little Red Schoolhouse, un pequeño y prestigioso colegio privado

de educación primaria que desde la década de 1940 educaba a la élite de Hollywood y al que asistieron, entre otros, Scarlett Johansson y la hija de Johnny Depp. Posteriormente, Meghan ingresó en el Inmaculate Heart, un instituto católico femenino situado en el barrio de Los Feliz.

Consciente de cuánto se habían sacrificado sus padres para que asistiera a esos centros educativos, Meghan sentía que ese privilegio llevaba aparejada una responsabilidad personal.

> *Mis padres tenían poco y por eso decidieron dar mucho (…) haciendo pequeños gestos de solidaridad —un abrazo, quizá, o una sonrisa o una palmada en la espalda— para demostrar a quienes más lo necesitaban que las cosas podían mejorar*, escribió en 2016 en *The Tig*, su blog de estilo de vida. *Es lo que vi durante mi infancia, y es lo que aprendí a hacer.*

Meghan era una alumna aplicada. Siempre la primera en levantar la mano cuando los profesores preguntaban en clase o en ofrecerse a leer en voz alta, sacaba sobresalientes y nunca faltaba a clase. Pero su sentido de la responsabilidad no se limitaba al ámbito escolar. Una vez, de niña, se encontró cara a cara con un indigente en la calle y le preguntó a su madre si podían hacer algo por ayudarle. Es frecuente que los niños que se encuentran con personas necesitadas sientan el impulso de ayudarlas, pero lo que distingue a Meghan es que no se olvidó del asunto una vez pasaron de largo. Durante el resto del día, y mucho tiempo después, siguió formulándose la misma pregunta: «¿Qué puedo hacer?».

A los diez años visitó Jamaica con su madre. Aquel fue su primer viaje al extranjero. Pero Doria no quiso que se encerraran en un resort como hacían la mayoría de los turistas, sino que la llevó a los barrios pobres para que

viera cómo vivían los menos afortunados. A los trece años, Meghan trabajó como voluntaria en un comedor social del barrio angelino de Skid Row, conocido por el gran número de indigentes que hay en sus calles.

—El primer día pasé mucho miedo —comentaría después —. Era muy jovencita y allí el ambiente era muy duro y, aunque estaba con un grupo estupendo de voluntarios, me sentí sobrepasada.

Tratando de resolver sus dudas sobre si debía volver o no al comedor social, Meghan recurrió a Maria Pollia, su profesora de teología en el instituto. Maria, que era voluntaria de la ONG Catholic Worker y tenía mucha experiencia trabajando con personas que vivían en los márgenes de la sociedad, animó a aquella alumna tan joven y responsable a hacer lo mismo.

—La vida consiste en anteponer las necesidades de los demás a nuestros propios miedos —le dijo.

La joven estudiante regresó al comedor social.

—Esa idea me ha acompañado desde entonces — afirmaría Meghan posteriormente.

Su disposición a ayudar a los demás y su afán de sobresalir en los estudios hacían que a menudo sus compañeras de clase la tacharan de falsa porque, decían, era imposible que fuera tan «perfecta». Ella, sin embargo, nunca se consideró perfecta. De hecho, sentía con frecuencia que tenía más que demostrar que el resto de sus compañeras. Por el hecho de ser de origen interracial y de no saber siempre dónde encajaba, sentía en parte la necesidad de hacer ver a los demás que era excelente en todo lo que hacía. No le gustaba que la consideraran digna de lástima.

En el instituto siguió dando muestras de su ímpetu y su energía. Participó en todos los clubes del centro, desde el comité del anuario hasta el grupo de teatro escolar —las Genesian Players—, y fue elegida reina del baile de inauguración del curso lectivo. Meghan, que tenía madera

de actriz y se esforzaba siempre por ser digna de alabanza, empezaba a mostrar una personalidad muy marcada.

Gigi Perreau, que fue su profesora de teatro varios años, afirma:

—Era increíblemente trabajadora. Me impresionaban la responsabilidad y el esfuerzo que demostraba para ser tan joven.

Meghan se dejaba la piel hasta en los papeles más pequeños, como cuando hizo de secretaria en un montaje de *Annie*.

Su padre, Thomas, solía echar una mano en el diseño de los decorados de las funciones escolares de Meghan y «venía a todas las representaciones a las que podía», recuerda Perreau.

—Siempre veíamos su cara entre el público, sonriendo de orgullo por su niña.

Thomas desempeñó, además, un papel decisivo en el desarrollo de la conciencia feminista de Meghan, que la convirtió, como ella misma dice, en una «defensora de las mujeres». A los once años, mientras sus compañeros y ella veían un programa de televisión en clase, se emitió un anuncio de lavavajillas que tenía por lema «Mujeres de todo Estados Unidos luchan contra cazuelas y sartenes grasientas». Un niño que estaba sentado a su lado gritó:

—¡Sí, ahí es donde tienen que estar las mujeres, en la cocina!

Thomas animó a su hija, que estaba disgustada por lo ocurrido, a escribir cartas de protesta contra el anuncio.

—Escribí a las personas más poderosas que se me ocurrieron —contaría después Meghan.

Entre ellas, la entonces primera dama, Hillary Clinton, la presentadora de Nickelodeon Linda Ellerbee y los fabricantes del lavavajillas, y todos ellos respondieron. La Casa Blanca le envió una carta; Nickleodeon emitió una entrevista con Meghan; y la marca de detergente cambió el texto del anuncio, que pasó a decir «*Personas* de todo

Estados Unidos luchan contra cazuelas y sartenes grasientas».

Durante sus años de instituto, Meghan, a la que siempre le había interesado la interpretación, empezó a plantearse seriamente la posibilidad de ser actriz, pero su madre, convencida de la importancia de la educación superior, le aconsejó que obtuviera un título universitario. Quería que su hija tuviera una alternativa, en caso de que no consiguiera dedicarse profesionalmente a la actuación. Esto no supuso ningún problema para Meghan, que decidió no presentarse a ningún *casting* hasta que acabara el bachillerato, y ya tenía asegurada una plaza en la Northwestern University.

Se había preinscrito en esa universidad privada, situada a las afueras de Chicago y considerada una de las mejores del país, cuando consiguió su primer papelito como figurante, en un vídeo musical de Tori Amos; en concreto, de su tema *1000 Oceans*. Interpretaba a una de las transeúntes que observan a la cantante encerrada en una caja de cristal y, aunque es fácil perderse su aparición con un solo pestañeo, ganó seiscientos dólares y a las pocas semanas hizo otra prueba para un vídeo de Shakira. (No le dieron el papel, y de hecho no volvió a trabajar como actriz hasta que apareció en *Hospital General* durante su último curso en la universidad).

En la facultad, Meghan volvió a encontrarse rodeada de estudiantes procedentes de familias acaudaladas. Ella, en cambio, se acogió al programa de trabajo y estudio que ofrecía la universidad para costear el precio de la matrícula y la residencia universitaria, y compaginó las asignaturas del curso completo con diversos empleos de media jornada, además de trabajar como canguro para pagar gastos extra, actuar en los montajes teatrales de la carrera de Arte Dramático y seguir haciendo labores de voluntariado.

—No sé cómo te cunde tanto el día —le dijo un día una buena amiga que la acompañó a la oficina de

administración de la universidad a recoger los papeles de un nuevo empleo temporal.

Le maravillaba la capacidad de Meghan para soportar la presión y el esfuerzo que requerían sus estudios y compaginarlos con todo lo demás.

—¿Cómo es que tienes tiempo para hacer tantas cosas? —le preguntó.

Lo tenía porque no salía de fiesta, como la mayoría de los estudiantes de su edad. Sus amigos nunca se encontraban a Meg, como la llamaban, en un bar entre semana. Los viernes por la noche, cuando sus compañeras de sororidad salían de fiesta, ella solía irse a casa de algún profesor o profesora a trabajar de niñera. Ingresó en la sororidad Kappa Kappa Gamma y, pasado un tiempo, acabó viviendo en la residencia de esa hermandad estudiantil y haciendo allí algunas de sus mejores amigas, como Genevieve Hillis y Lindsay Roth. Pero hasta ese aspecto de la vida universitaria de Meghan se pareció más a la película *Una rubia muy legal* y a su protagonista, Elle Woods, que a *Desmadre a la americana*. Como jefa de reclutamiento de su sororidad, se encargaba de atraer a nuevas socias y de que las recién llegadas se sintieran como en casa, además de recaudar dinero para obras benéficas mediante diversas iniciativas, como un maratón de baile en el que participó junto con sus compañeras de sororidad. Bailaron durante treinta horas a beneficio de Team Joseph, una ONG centrada en el desarrollo de una cura para la distrofia muscular de Duchenne.

—Fue agotador —reconoce Meghan.

En el penúltimo curso de carrera había completado ya casi todos sus créditos y, gracias al hermano mayor de su padre, Mick, consiguió unas prácticas en la embajada estadounidense en Buenos Aires. En la familia nadie sabía a qué se dedicaba exactamente el tío Mick; cabía la posibilidad de que trabajara para la CIA y de que su puesto de técnico de comunicaciones en Buenos Aires fuera solo

una tapadera. Fuera como fuese, el caso es que los contactos de Mick hicieron posible que, a sus veintiún años, Meghan ampliase sus horizontes más allá del escenario.

—En la universidad siempre había sido una obsesa del teatro. Sabía que quería dedicarme a la interpretación, pero odiaba la idea de convertirme en un tópico: la chica de Los Ángeles que quiere ser actriz —contó Meghan en una entrevista para *Marie Claire*—. Quería hacer más cosas y, como siempre me había apasionado la política, acabé cambiando mi plan de estudios por completo y haciendo un doble grado en Arte Dramático y Relaciones Internacionales.

Posteriormente se presentó a la oposición del Servicio Diplomático para entrar a trabajar en el Departamento de Estado norteamericano, pero el examen era extremadamente difícil y Meghan se llevó un disgusto al no aprobarlo. No estaba acostumbrada a suspender. Fue un duro revés que minó la seguridad en sí misma que siempre había procurado cultivar.

Así pues, en 2003, tras graduarse en la Northwestern University, Meghan se encontró de vuelta en Los Ángeles. Era una aspirante a actriz que, entre *casting* y *casting*, se ganaba la vida con trabajos esporádicos. Entre ellos, por ejemplo, el de calígrafa. En 2004, la contrató Paper Source, una lujosa papelería de Beverly Hills, donde hizo un taller de dos horas de caligrafía y aprendió a envolver regalos y encuadernar libros. Mientras trabajaba allí, se encargó de hacer las invitaciones de la boda de la actriz Paula Patton, en 2005, y del cantautor Robin Thicke.

Los primeros años que pasó «a la busca de un papel», en sus propias palabras, estuvieron marcados por largos periodos de sequía profesional. Y cuando conseguía alguno —como cuando hizo de «chica guapa» en la comedia romántica *Muy parecido al amor*, de 2005, con Ashton Kutcher como protagonista—, no era precisamente digno de un Óscar.

En 2006 empezó a trabajar en el concurso televisivo *Deal or No Deal* como «azafata del maletín», una de las veintiséis jóvenes vestidas a juego que sostenían maletines con sumas de dinero que iban entre un céntimo y un millón de dólares. El programa de la NBC no solo le proporcionaba un sueldo fijo, sino que se convirtió en un trampolín hacia la fama. Tras su estreno en diciembre de 2005, la primera temporada tuvo una media de entre diez y dieciséis millones de espectadores por emisión. Y aunque la audiencia bajó considerablemente durante las temporadas siguientes, el concurso siguió teniendo mucha aceptación entre el público, se emitió en diversas cadenas y generó toda una serie de productos asociados, como videojuegos y juegos de mesa.

—¡Hola, chicas! —les decía el presentador, Howie Mandel, a las azafatas dispuestas en filas en el plató.

—¡Hola, Howie! —respondían ellas al unísono.

Esa fue la rutina de inicio del programa durante las treinta y cuatro entregas en las que intervino Meghan, en 2006 y 2007. Como azafata número veinticuatro, tenía que abrir su maletín, al igual que el resto de sus compañeras, cada vez que uno de los concursantes que trataban de ganar un millón de dólares decía su número.

Meghan y las demás azafatas grababan hasta siete programas en un día. Grabar a ese ritmo exigía largas jornadas de trabajo. Después, a la mayoría de las azafatas les gustaba salir a pasar un rato de asueto juntas. A veces, ni siquiera esperaban a quitarse el maquillaje del plató antes de irse a tomar algo. Meghan, no. Aunque era amable con todas, no salía con ellas.

—A las otras chicas les caía muy bien —comenta Leyla Milani, una de sus compañeras en el concurso—, pero en cuanto acabábamos se marchaba a hacer otra cosa.

Como había hecho en la universidad, Meghan trabajaba mientras sus compañeras se relajaban. Incluso se mantenía

ocupada durante los descansos en la grabación de *Deal or No Deal*.

—Cuando otras chicas se ponían a charlar o a cotillear —cuenta Leyla—, ella se quedaba a un lado leyendo guiones o preparando una prueba.

Tras dos temporadas trabajando en el concurso, Meghan dejó el maletín plateado. Durante los tres años siguientes, continuó presentándose a *castings*. Protagonizó un anuncio de Tostitos y consiguió pequeños papeles en varias películas y series de televisión, entre ellas *Cómo acabar con tu jefe*, *CSI: Nueva York*, *El coche fantástico*, *Sin rastro* y *Hasta que la muerte nos separe.* En 2008 apareció en dos episodios de *Sensación de vivir: la nueva generación* interpretando a Wendy, una chica que provocaba un conflicto al ser sorprendida haciéndole una felación al rompecorazones del instituto, Ethan Ward, en un aparcamiento. Le costó decidirse a rodar la escena, pero una aspirante a actriz no puede permitirse poner muchos reparos a un papel.

Meghan no se dio nunca por vencida, ni siquiera cuando creyó que había hecho mal la prueba para el papel fijo de Rachel Zane, la bella y desenvuelta pasante de *Suits*, una serie de nueva producción que iba a emitir la cadena USA Network. No se echó a llorar ni se fue a casa a atiborrarse de helado, sino que llamó a su agente.

—Creo que lo he hecho fatal —le dijo—. Tengo que repetir la prueba.

—Ya no se puede hacer nada —contestó su agente—. Tú céntrate en tu próximo *casting*.